



CRÓNICA

PICO DEL LOBO POR CANAL DE LAS MESAS

16 de diciembre de 2017

por Laura Giménez

Todos nos levantamos deseosos de ver y pisar nieve, solamente por eso merecía la pena el madrugón aunque, finalmente, iba a ser lo menos importante del día. Llegamos al parking de La Pinilla, eran las 8, habíamos planeado estar allí pronto por si abrían la estación de esquí pero éramos los únicos. ¡Mejor, la montaña para nosotros! Los cañones estaban encendidos y su sonido nos acompañaría durante toda la ascensión. Hacía una mañana fría con niebla no muy densa y algo de viento, estas condiciones nos permitían pensar que tendríamos más o menos buenas condiciones en la parte baja y auguraban dureza en la zona más cercana al pico.

Después de saludarnos entusiasmados empezamos a sacar todo el material necesario para la ruta. Abrimos las mochilas y empezamos a sacar los ropajes siempre siguiendo la teoría de las capas que cada uno interpretaba a su manera. Comentábamos nuestros truquillos para ir mejor mientras corregíamos los errores para seguir aprendiendo este duro oficio de ser montañero. Iba a ser el típico día de montaña invernal en el que estás todo el rato metiendo y sacando (...) cosas de la mochila claro. Estuvimos comentando anécdotas de la pasada ruta que recordaba a esta por la dureza de las condiciones, aunque en aquella ocasión fueron mucho peores desde el principio.

En la primera parte de la subida pasamos por las instalaciones de la estación de esquí con sus “modernos” edificios y apartamentos que nos hicieron reflexionar sobre cómo ha cambiado la situación desde que se hicieron. Después de subir por una zona boscosa sin gran dificultad que nos permitía progresar mientras charlábamos, nos detuvimos para ponernos los crampones cerca de unos remotes. Afrontábamos ya las primeras rampas empinadas que iban a empezar a ponernos a prueba. El grupo pasó de estar compacto a formar una fila que dibujaba una serpiente de colores en la blanca ladera. Después de unos metros subiendo Ángel, nuestro guía, tuvo que apartarse y parar. Su maltrecho tobillo no le permitía seguir y decidió sin duda lo mejor en estos casos, dar marcha atrás. Carlos le acompañó y ambos pensaron que unos torreznos tempraneros en el bar harían más llevadera la espera.

El grupo se reorganizó con Pablo a la cabeza y Víctor en la cola estando siempre los más veteranos pendientes de que todos progresáramos bien. A medida que fuimos ganando altura las condiciones se hicieron más duras, el viento soplaba cada vez con más fuerza y las conversaciones se fueron apagando. Los mensajes en cadena se pasaban desde la cabeza del grupo siempre llegando a la parte trasera en forma de palabras y frases que se reinterpretaban rápidamente.

- El libro dice que no nos separemos.
 - ¿Qué dices del libro?
 - No, que se está leyendo un libro de cómo separarse...
-



Finalmente llegamos a la canal, la ladera se iba empinando cada vez más mostrándose poco a poco más cercana y haciéndonos pensar los pasos que dábamos. Había la suficiente nieve como para sentir que clavábamos los crampones aunque podíamos escuchar el sonido de las piedras de abajo. El viento azuzaba con fuerza haciendo más dura la subida. Alcanzamos un collado después de los tramos más duros y tuvimos que apartarnos unos metros para protegernos del viento detrás de la ladera y poder disfrutar de un breve descanso en el que aprovechamos para reponer fuerzas. Fueron fundamentales los riquísimos caldos calientes que algunos llevaban preparados de casa para volver a templar el cuerpo. Quedaba muy poco para el pico y sabíamos que no debíamos pararnos mucho. Pronto retomamos la marcha y llegamos a la zona de mayor dureza. Las laderas más altas no permitían cubrirse del intenso viento y nos obligaban a progresar con una sensación térmica muy baja. Alcanzamos la cumbre y rápidamente nos reunimos para la foto para empezar a bajar pocos minutos después sabiendo que necesitábamos seguir moviéndonos y perder altura para soportar el frío. La bajada no entrañó ninguna dificultad, fuimos avanzando metros y pronto el viento nos dio un respiro. Cuando llegamos al principio de la zona boscosa paramos para volver a acoplar el abrigo necesario y decidimos aumentar el ritmo para estar lo antes posible en el bar. Llevábamos las ideas claras; calorcito, caldo, torreznos, buena conversación y reencontrarse con los que no habían podido subir.

Una vez llegamos al bar contamos a Ángel y a Carlos lo bien que había salido todo. Parecía que el tobillo de Ángel había aguantado la bajada y por suerte estaba mejor. Todos repusimos fuerzas y, después de probar el caldo de la casa que nada tenía de especial con respecto a los que habíamos probado arriba en el collado, algunos salimos fuera a comer los bocadillos que habíamos traído. De pronto parecía que nos habíamos trasladado a cualquier verano de los años 90, el frío no contaba ya porque la música tecno sonaba a todo volumen de fondo acompañándonos en un viaje por nuestros recuerdos, los que nos quedan, de aquellos maravillosos años. Las conversaciones de dentro y fuera del bar siguieron su curso mientras caía la tarde con muchas risas, anécdotas, recuerdos y nuevos proyectos que culminaron una jornada de montaña invernal espectacular. Al marcharnos nos juntamos todos para acabar cantando villancicos, Chimo Bayo y brindar por las fiestas en el parking, el sitio donde siempre empieza y acaba todo lo bueno. Todos coincidimos en la importancia en nuestras vidas actuales de la montaña, es la que nos junta y centra nuestras mentes, su nieve y sus laderas son la imagen que nos hace madrugar pero son las experiencias que en ella compartimos lo que hace que todo merezca la pena de verdad.
